

Cuando Raziel apareció en la gran sala de audiencias de Yaael, rey de Anatolia, muchos de los soldados y cortesanos que se encontraban allí lo miraron con desconfianza. Creyeron que era un mendigo o un vagabundo que había logrado entrar engañando a la guardia con súplicas, astucias o falsedades. Y, aunque parecía inofensivo, algunos pensaron que había que cerrarle el paso.

Estaban equivocados. Raziel llevaba horas esperando, con gran paciencia, sin mostrar inquietud ni cansancio.

Se encontraba allí porque el Rey lo había mandado llamar, aunque muy pocos en palacio estaban enterados.

Raziel era conocido y respetado en no pocos lugares. Pero la mayoría de la gente no sabía nada de él, ni siquiera conocía su nombre. Muchos lo





tomaban por un simple caminante o peregrino sin importancia. Raziel, aunque había vivido y visto mucho, conservaba la sencillez de espíritu de sus primeros años de juventud.

No obstante, para los que conocían su vida, era ya casi una leyenda viviente. Lo llamaban, no sin motivo, el Mensajero de los Siete Reinos.

El rey Yaael era uno de los que lo sabían.

Con un amplio ademán, ordenó que le abrieran paso. Luego, con varias miradas dirigidas a los militares y cortesanos que tenía más cerca pidió que le dejaran a solas con aquel desconocido visitante.

—Te doy la bienvenida, mensajero Raziel. A los que saben pregunté, y casi todos coincidieron en decirme que tú eres el mejor de entre todos los que ejercen en estos reinos el difícil oficio de mensajero secreto. Dime, ¿es así?

Raziel se inclinó ante el soberano en señal de respeto y respondió sinceramente:

—No lo sé, Señor. No conozco a ningún otro que se dedique únicamente, como yo, a este oficio. No puedo comparar. Además, me vino de

familia. Mi padre me inició en esta actividad y luego la vida me ha ido enseñando lo restante. Empecé de niño a ejercer de mensajero, cumpliendo encargos muy sencillos, como lo había hecho mi padre, y el padre de mi padre, y algunos otros de mis antepasados. Cada uno le transmitió a su sucesor todo lo que había aprendido.

—Una tradición familiar tan larga —insistió el soberano—, te habrá ayudado a ser el mejor de todos, el más eficaz, el más seguro, el más leal, aquel en quien más se puede confiar.

—Con todo respeto, Señor, no me atrevería a decir tanto. Llevo ya muchos años dedicado a este trabajo, es cierto, y he cumplido muchos encargos y cometidos, algunos difíciles. Pero cada misión trae nuevos desafíos a los que hay que hacer frente, y nada puede darse por hecho antes de haberlo llevado a cabo por completo.

El rey Yaael manifestó su plena aprobación a lo que había oído:

—Perfecto. Tus palabras confirman lo que tu buena fama dice. Si te hubieses alabado diciendo que eres el mejor, me habrías creado dudas. Te he

dado sobrado pie para ello, pero no lo has hecho. Y eso te honra. Porque, quien es el mejor en cualquier oficio o arte, si lo es de verdad, nunca se jacta de serlo. Primero, por decencia y respeto a los demás, y también porque el que mejor conoce su trabajo es quien más sabe lo mucho que aún le falta para llegar a la perfección. Y, aunque vaya por delante de todos, lo que de verdad le importa es aprender y mejorar, y dar siempre lo mejor de sí mismo.

Raziel reconoció con sencillez:

—Aunque no de una manera tan precisa y elocuente, algo así he pensado yo también alguna vez, Señor. En todo momento traté de cumplir las misiones que me encomendaron, aunque no siempre lo logré, lo reconozco.

El soberano entró de lleno en materia:

—Pues esta vez tendrás que hacerlo. Algo de gran importancia está en juego.

—Si está a mi alcance, procuraré no decepcionaros, Señor.

—Estoy seguro de ello. Voy a confiarte una misión muy delicada porque creo que eres

quien puede desempeñarla con mayor acierto. Presta toda tu atención y no te sorprendas demasiado aunque lo que vas a oír te resulte bastante extraño.

—Atento estoy, Señor.

—Antes de llegar a la ciudad de Beelay hay un templo que tiene dos esbeltas torres, una un poco más alta que la otra. ¿Lo conoces?

—Desde luego, Señor. He pasado muchas veces por allí.

—Cinco días antes de la Luna nueva estará en aquel templo, en una zona en penumbra, un escribano superior de mi máxima confianza. No tendrás duda en identificarlo porque sus ojos son de distinto color. Negro tiene el izquierdo, y gris el derecho. Te acercarás a él, comprobarás que tiene esa característica que lo hace inconfundible y le darás el mensaje que te voy a confiar. Luego, él mismo te gratificará como corresponde.

Raziel esperaba que el rey Yaael le entregara algún envoltorio o pequeño paquete que contuviera el mensaje del que había hablado, pero las manos del soberano no se movieron.

—Lo llevarás en tu memoria. No es muy extenso. Lo componen un número y quince palabras. ¿Podrás recordarlas y repetirlas sin error?

—La memoria todavía me es fiel, Señor. Creo que podré cumplir vuestro encargo con exactitud.

—Atiende, pues. No es muy difícil, pero te lo repetiré hasta que estés seguro de poder recordarlo con total precisión.

—Cuando queráis, Señor —dijo Raziél entornando los párpados para que nada lo distrajera de lo que iba a oír.

—Cien. Gloria. Destino. Ley. Enfermedad —el Rey iba pronunciando despacio las palabras, con largas pausas, para dar tiempo a que Raziél pudiera ir las memorizando—. Conspiración. Fiestas. Muerte. Enemigos. Justicia. Confusión. Delirio. Corona. Siglos. Gracia. Despertar.

Un tanto sorprendido, porque no había previsto que fuesen palabras sueltas, más difíciles de memorizar que una frase completa, Raziél le propuso al Rey:

—¿Podría, Señor, anotarlas para ir las repitiendo a solas hasta que se me graben en la memoria?

—Jamás —replicó Yaael de manera tajante—. No han de figurar escritas en lugar alguno, ni por un instante. Las llevarás ocultas en el pensamiento y en la sangre. Sin cambiar el orden. Cada una ocupa el lugar que le corresponde. Y nadie ha de saber que te he confiado un mensaje. Si alguien te lo pregunta, lo negarás una y mil veces, incluso si te someten a tortura. Dime, por tu honor, ¿te ves capaz de cumplir el cometido bajo estas condiciones?

Raziel, sorprendido por las últimas palabras del Rey, necesitó pensarlo un poco antes de dar su palabra. Pero no le llevó mucho tiempo. Hasta entonces nunca había rehuido ningún encargo importante, por arduo o difícil que pareciera, y tampoco quiso rechazarlo en aquella ocasión. Eso le haría indigno de ser el sucesor de su padre y el heredero de sus enseñanzas. Por todo ello, respondió:

—Las cumpliré de la primera a la última, Señor. Pondré toda mi voluntad en ello.